

EL FACTOR HUMANO EN EL CAMBIO CLIMÁTICO

Ponencia presentada en Guayaquil, el 16 de octubre de 2007
Taller „Impacto del cambio climático sobre la salud“
Encuentro Internacional sobre Cambio Climático en América Latina „CLIMA LATINO“

La humanidad es cada vez más conciente sobre el impacto negativo que ha tenido la industrialización y la explotación indiscriminada de recursos sobre este planeta. El desequilibrio en el que hemos sumido a la Tierra se manifiesta a través del cambio climático que amenaza cada vez más a la humanidad, hasta el punto en que, a todas luces, parece que estamos siendo desheredados de la naturaleza.

Cientos de científicos han valorado en los últimos años esta situación, llegando a emitir un diagnóstico clínico y un pronóstico aterrador, pero también se han planteado propuestas terapéuticas para sanar esta Tierra que está enferma y que busca establecer un nuevo equilibrio, un nuevo orden, en el cual podríamos dejar de tener un lugar seguro.

Permítanme proceder en este caso tal y como procedo en Medicina Psicosomática con un paciente enfermo: busco las razones, los motivos psíquicos y emocionales de la dolencia que presenta el paciente. Busco en el alma el origen de la enfermedad. En este caso, nosotros, los seres humanos, somos como el alma de la Tierra, y el origen de este gran desequilibrio tenemos que buscarlo en nosotros mismos.

Se me antoja enunciar la pregunta: „¿Cuál es el impacto de la salud mental humana sobre el cambio climático?“. Creo que por esta vía se puede hallar un diagnóstico etiológico respecto a la situación que vivimos: un diagnóstico que vaya a la raíz del problema. Y ¿cuál es esta raíz?

Tanto la industrialización de los últimos 200 años con la consiguiente contaminación ambiental, así como la explotación indiscriminada de recursos, son meros síntomas de un desequilibrio previo en el desarrollo humano. Perfectamente perceptible hace ya varios miles de años, este desequilibrio se debió a que el ser humano desarrolló excesivamente su inteligencia racional y descuidó su inteligencia intuitiva y emocional. Esto quiere decir que desarrolló preponderantemente su corteza cerebral y toda una serie de comportamientos instintivo-animales ligados a ella, en especial los que tienen que ver con territorialidad y posesión, descuidando, sobre todo, el desarrollo de los códigos de comportamiento humanos basados en las virtudes y los valores humanos, los cuales, en forma de conciencia humana, asientan sobre el cerebelo, aquel órgano denominado „árbol de la vida“ por los antiguos anatomistas.

Puede decirse, en realidad, que somos „deficientes mentales“, debido a un excesivo desarrollo del cerebro racional, en el que viven los instintos animales, y un más que pobre desarrollo de aquella parte del cerebro en el que viven la intuición, la espiritualidad y las virtudes humanas. El excesivo desarrollo de los instintos llevó al hombre a desarrollar su intelecto unilateralmente y a asumir un comportamiento grotesco y contrario incluso a su propia naturaleza: un comportamiento depredador, con exacerbado afán por poseer, delimitar y proteger su territorio; un comportamiento centrado en el poder y en el dominio,

del que han nacido la codicia, la avaricia, la envidia, la ira, el orgullo, la glotonería y tantas otras desvirtudes que marcan el ritmo del consumismo de nuestra vida cotidiana.

Bien conocido es que todo exceso lleva a un debilitamiento y a la autodestrucción. Precisamente nos encontramos en este punto, en la culminación de muchos miles de años de desarrollo inadecuado: mientras que ningún animal come más de lo que necesita, el hombre sí lo hace; mientras que ningún animal posee más territorio del que necesita, el hombre sí lo hace. Y esto es lo que le sucede al ser humano con todos los instintos que recibió cual legado de la naturaleza. Hemos perdido completamente la noción de lo que es justo y necesario para un buen vivir, y en este proceso hemos dañado y abusado de nuestra „Madre Tierra“. La hemos contaminado, en primer lugar, mediante „polución medioambiental no material“ en forma de sentimientos y pensamientos „tóxicos“ para el ser humano y para su medio ambiente, y de esta polución nació la polución medioambiental material que tanto nos ocupa en la actualidad pero que no es la verdadera raíz del cambio climático.

Los sucesos actuales están llevando a la humanidad a definirse como tal. No podemos luchar contra el cambio climático sin cambiar en primer lugar nuestra forma de „sentir“ y de „pensar“, ya que a ellas va ligada necesariamente nuestra forma de „actuar“. La naturaleza nos exige un cambio cualitativo cultural; un cambio de mentalidad, un renacimiento, un resurgir cual ave fénix de entre las cenizas, dejando atrás la subcultura del consumismo y entregándonos a una nueva cultura basada en la virtud y el decoro humano.

El verdadero comportamiento humano se basa en virtudes como la modestia, la honestidad, el respeto, la compasión, la solidaridad, la humildad y tantas más cualidades que embellecen el alma humana pero que no vienen dadas sino que el hombre tiene que desarrollar con un corazón abierto y una mente intuitiva.

Considero imprescindible, que las acciones políticas y sociales encaminadas a fomentar la adaptación y la mitigación frente al cambio climático se complementen con un intenso trabajo de índole cultural:

- Hay que reeducar al adulto con proyectos y programas que promuevan en él una nueva conciencia integral y una nueva calidad humana.
- Hay que educar a nuestros hijos de una forma más equilibrada. No deben ser entrenados únicamente como seres intelectuales y competitivos sino también como seres intuitivos y emocionales, con una clara conciencia respecto a los valores humanos.

El cambio climático, finalmente, hay que considerarlo, más que como una amenaza, como una gran oportunidad, como una importante crisis curativa que puede llevar a la humanidad a dar un gran salto cualitativo en su incansable búsqueda de identidad.

Johannes Beckmann
Palma de Mallorca, España